

Controversias doctrinarias

Para José María Zeledón

El poeta ha adivinado al humilde luchador que viene, en lomos de su hidalgía, a tocar ligeramente con el regatón de su lanza el noble escudo que se ostenta en la entrada de la única tienda que en esta lucha no luce colores ni divisas como si el resultado del torneo le fuera indiferente.

Sí; la mano que desde el modesto periódico de los trabajadores combate, no a José María Zeledón, sino a sus ideas, es una mano hidalga, que siempre se tendió hacia él en amistad.

Derecho tiene, pues de esperar, el caballeroso y fino amigo una contienda culta, que sea a manera de una justa con armas de cortesía, como las de los paladines de Ariosto, en medio de la estruendosa grito de los ganapanes de oficio que asordan en nuestras plazas públicas.

¿A qué callar—nos preguntamos—sobre la verdadera y diáfana intención de mi hoja, si en ello es el punto principal de este debate?

“Lo que con aquel escrito me propuse, o sea evitar que la lucha actual degenerara como las anteriores en sangrienta disputa, ¿es bueno? ¿Es malo?”

Plácenos en extremo que nuestro estimado amigo se coloque en este terreno, pues en él es inatacable, y más que nuestros justos mandobles, merece nuestros cariñosos abrazos.

¿Cómo no hemos de aplaudir cordialmente cualquier esfuerzo que tienda a serenar los ánimos conturbados por la pasión política? Ello es generoso, ello es patriótico, ello es humanitario.

¿Quién, que conozca a José M^a Zeledón, que se haya asomado a su alma de infatigable luchador por la causa de la justicia, dudará de sus sanísimas intenciones?

Mas, desgraciadamente, su hoja en vez de tender sobre las doloridas espaldas del pueblo “un manto de suavidad y de cordura”, tendió la túnica abrasadora de Neso, que ha hecho al titán estremecerse como bajo la impresión de un latigazo.

Hay en la hoja referida conceptos amargos, palabras despectivas y reflexiones injustas. Y todo esto dicho en un lenguaje tan cristalino y terso que encanta y regocija el ánimo de los lectores, en cuyas almas escancia el veneno letal del pesimismo....

Así, se leen estos párrafos de una desesperante crudeza:

“Todos son en verdad nuestros enemigos: los que os predicaban regeneración y los que os brinda bienestar”.

“Siempre serán los mismos vuestros explotadores. Ora des-
embozados en la escena, ora ocultos dirigiendo la tramoya y exprimiendo las ubres del tesoro popular. Los arrogantes personajes de la clase directora, son siempre unos.... ¡Mentira que exista en ningún lado el sincero deseo de destronarlos!”

“La majestad de vuestro dere-

cho es ilusoria. Jamás llega a cristalizar en hechos concretos....”

“Son vuestros aparatosos alardes de soberanía, desplegados con ocasión del voto, como las ruidosas manifestaciones de soñada virilidad que realizan los mansos bueyes —*vuestros semejantes*— en el airoso cortejo de las vacas, mientras los toros, seguros de su energía y dueños de su fuerza creadora, apenas si husmean en el ambiente con apacible lentitud el olor del bocado que habrán de saborear a la primera invitación de su deseo”.

“Se nos ha hablado tanto del *deber cívico*... que ya no es posible desarraigar de vuestra fe patriótica esa superstición que os lleva a considerar el sufragio como un deber, no siendo a lo sumo sino un derecho, la única compensación —bien extravagante por cierto— que se da a la suma de tantas y tantas cargas como pesan sobre el lomo sufrido de la ciudadanía”.

“Me coloco en vuestro terreno—abandonando momentáneamente el mío—y me hago cargo de vuestra necesidad de tomar partido y de distinguirse voluntariamente con esas divisas que asemejan las marcas puestas por los finqueros sobre sus ganados para impedir que se confundan...”

“Los partidos... todos falaces, todos semejantes....”

“Lidiad vuestra contienda, si tanta falta os hace....”

“Días vendrán en que los hombres ya no riñan en la elección de un AZOTE COMÚN.”

Y se leen, asimismo, en el primer artículo publicado en *La Prensa Libre*, estos párrafos, no menos crudos:

“...los tres atascaderos hacia los cuales van los políticos arreando las manadas ciudadanas.”

“Mientras el pueblo viva entretenido en esos deportes de la democracia, jugando a las palabras y a los derechos, olvidará las cuestiones sustantivas....”

Ahora bien, los párrafos transcritos, ¿tienden a serenar la contienda o a sembrar en el ánimo del pueblo, no sólo la desconfianza, sino el odio hacia todos los políticos, sin distinción de credo?

Aquellos que honradamente seguimos una bandera; que al afiliarnos al bando político de nuestras simpatías lo hacemos con el pensamiento puesto en el bienestar de este rincón de cielo que se llama Costa Rica, y que en nuestra hoja de servicios contamos más de una campaña lidiada en pro del progreso de la humanidad, ¿no hemos de sentirnos lastimados al ver así desvirtuadas nuestras sanas intenciones y no hemos de protestar de conceptos que consideramos injustos?

Nosotros no negamos el fondo de verdad que existe en los defectos que apunta el señor Zeledón. Sí; “cuando la agrupación que va a triunfar se pone en lance, a ella acuden solícitos los *hombres providenciales* de todos los gobiernos

a vender su adhesión indispensable”.

Sí, los encubiertos explotadores van de bando en bando vendiendo su conciencia como una mercancía, y Sancho Panza engorda mientras el desmedrado Quijote del ideal va por las sinuosidades de la sierra llorando los desdenes de Dulcinea, con su fidalga lanza arrimada al tronco de un abeto. Y en tanto que esto sucede; en tanto que la nación se debate en su lecho de dolor, y un enjambre de zánganos amenaza adueñarse de la colmena, ¿qué es lo que hacen los hombres de corazón y de carácter? ¡Ay, se abstienen de la lucha, cierran los ojos ante la creciente inmoralidad; anatematizan la política, matan el entusiasmo de los pueblos, y con la bandera del desengaño en la mano, se lanzan a reclutar prosélitos para llevarlos al abismo de la desesperación! Si los ciudadanos honrados y juiciosos se abstienen de las contiendas electorales y llevan su escepticismo hasta el extremo de proclamar el fracaso de las instituciones republicanas, ¿no es natural que en torno de los candidatos, primero, y luego en los puestos públicos, pululen los eternos explotadores, los traficantes sin conciencia? Costa Rica ganaría mucho con que ese grupo de hombres nuevos, honrados y cultos, entre quienes descuella nuestro amigo Zeledón, en vez de neutralizar con su influencia negativa el noble entusiasmo de los que sobre las cumbres del ideal levantan la bandera de su fe, llevaran al seno de las agrupaciones políticas su santo amor al pueblo y el inestimable tesoro de sus virtudes cívicas. Entonces, volverían quizás para nuestra patria las épocas bellísimas de aquellos modestos y venerables patricios, cuya sencillez republicana remora los mejores días de Grecia y Roma, y cuyos nombres, entrelazados de mirtos y laureles, ha tiempo esculpió la fama en el pórtico augusto de la Historia.

X.

(Continuará)

Para vestir con gusto, en la Sastrería Gonzalo Artavia

Rebeldías

... Y dijo el poeta:

Fulmina sobre mí todos los dardos que arroje hecha calumnias tu garganta; encima de esas zarzas y esos cardos iré posando, sin temor, mi planta.

Que vibren los silbidos de tu insulto, mucho es tu encono, tu maldad es mucha; si tú eres áspid en la yerba oculto, tendré piedad a tu mezquina lucha.

Inútil es tu afán, deja tu empeño, en tu presencia mi valor se expande; tú tienes un espíritu pequeño, yo tengo un alma generosa y grande.

¡No hay lucha sin dolor! Iré a tu lidia brindando caridad a tu bajeza....

¡En las ancas hirsutas de la Envidia se emprende la ascensión a la Grandeza!

Listimaco Chavarría

Muebles baratos en el Almacén de Fernando Hernández

El genio y la envidia

Cafa la noche. Polvo de oro tami-
zaba la luna por entre el sombrío fol-
laje del laburno.

Parpadeaban los astros pletóricos
de luz.

Esparcían las florecillas tenues per-
fumes de su aliento.

Posado entre la rama de un abe-
dul, un ruiseñor humilde rompió el
silencio de aquellas soledades, dejan-
do escuchar los trinos de su garganta
privilegiada.

En aquellos cantos se retorcan,
como sierpes moribundas, todos los
dolores humanos en toda su desnudez;
todas las tristezas trágicas y todas las
melancolías resignadas. Aquella voz
tenía acibar, aquella voz tenía mieles,
aquella voz tenía lágrimas.

A la vera del árbol, en el hueco de
una peña, dormitaba una víbora. El
canto del ruiseñor la despertó. Asomó
la triangular cabeza, y vió cómo
la naturaleza entera estaba suspendi-
da de la voz del ruiseñor.

Un chispazo eléctrico recorrió su
ser.

Quiso imitar al adorado de la selva,
y lanzó un silbido, un silbido que re-
tumbó el valle, como la carcajada de
un demonio.

Viendo su impotencia salió del an-
tro y desliziándose artera por entre
las hojarascas, trepó al árbol, y cuan-
do el ruiseñor desgranaba sus más
dulces armonías, le clavó en el pecho
su aguijón envenenado.

El pájaro cayó del árbol, replegán-
dose en las sombras de la noche.

La luna había ocultado su faz des-
pavorida tras un girón de nubes.

Victor Hugo

SALUDO

Tenemos el placer de presentar
al doctor Julián Irías, eminente
personalidad en la política centro-
americana, nuestro más cordial
saludo de bienvenida con motivo
de su regreso a Costa Rica, en
donde se le estima de verdad.

Y, al saludarle, nos congratula-
mos de que venga completa-
mente restablecido, después de la
operación que le fué practicada
en los Estados Unidos.

Falsa orientación

Es evidente que los factores
dirigentes de la política duranista
habían aconsejado a sus prego-
neros y plumarios que desgarras-
sen la vida íntima y privada de
sus adversarios, valiéndose para
ello de las armas de siempre: la
intriga y la calumnia. Y ahora
se acaba de reunir la Directiva
del Partido Unión Nacional para
dar la consigna de la cultura y
tolerancia. La rectificación es dig-
na de tomarse en cuenta; pues
ella viene a probar una vez más
que nunca son armas honradas
las que esgrimen villanos y pe-
cheros.

La conducta que observa el
Partido Republicano, desde el
principio de la presente campaña
política,—conducta moldeada en
los crisoles del civismo, la tole-
rancia y el respeto,—va a ser
imitada de hoy en adelante por
quienes, en vista de su abruma-
dora minoría, habían puesto en
práctica la inolvidable máxima
jesuítica: “el fin justifica los me-
dios”.

Veremos los acontecimien-
tos. Y entonces veremos que
vientos soplan en la tribuna y
prensa duranista.